La Exposición de Chicago (II): los mejores tabacos del mundo[1]

Eva Canel; edición crítica de Daniel González Gallego

Una de las cosas que más atraen en el palacio de Agricultura de esta que han dado en llamar la Feria del mundo es la instalación que han hecho los tabaqueros cubanos. Darán una idea de su belleza las fotografías que acompaño; así como los kioscos de don Manuel Valle y don Calixto López, que van aparte, dejarán apreciar mejor el gusto y gallardía que ha presidido a las construcciones. Los tabaqueros cubanos vienen soportando hace tiempo una paralización grande en la manufactura, resistiendo con valor extraordinario la crisis desencadenada sobre su industria.

Sabido tenemos que todos los gobiernos castigan en sus aranceles el tabaco de nuestra Gran Antilla como se castigan los artículos de lujo, y al propio tiempo no debemos olvidar que la política proteccionista, universalmente desarrollada hoy, es otro enemigo formidable con el cual tienen que luchar cuerpo a cuerpo, sin rodela ni coraza, los fabricantes de tabacos de la isla de Cuba.

Estos, no obstante, lucharían con ventaja si los gobiernos españoles parasen mientes en la conveniencia de tener siempre floreciente dicha industria y en crecimiento constante. Nadie más interesado que el gobierno español debe estar en que esto suceda. La industria tabaquera está en Cuba, en La Habana sobre todo, fuertemente ligada al comercio; y si las fábricas no trabajan, el comercio sufre la consiguiente paralización. Por cada fábrica que en La Habana se cierra, ábrense cinco en los Estados Unidos; y por cada una que allí disminuye sus operarios, diez los aumentan aquí, donde poco a poco se van formando colonias temibles de insurrectos cubanos y de peninsulares descontentos de su gobierno.

Ahora bien: con todo y a pesar de esto, los fabricantes de Cuba han concurrido a esta exposición más que con lujo con fastuosidad. Se han presentado a la faz de los *yankees* que pretenden cerrar, por envidia, las puertas a los tabacos nuestros, con toda la arrogancia de aquel que tiene conciencia de su valer. El Bill McKinley[2] recarga en un 168 por ciento la manufactura tabaquera cubana, y el millar de tabacos que en una fábrica de primera clase en la Habana cuesta 45 duros véndese en la gran república en 110 dólares con 20 centavos gracias al famoso Bill.

De si los tabaqueros han tenido orgulloso tesón presentándose como se han presentado, júzguese contemplando la instalación, siquiera sea en grabado.

---

[1] Edición realizada a partir de «La exposición de Chicago (II). Los mejores tabacos del mundo». *La Ilustración Artística*, n.º 610, 04/09/1893, pp. 574-575.

[2] William McKinley (Niles, Ohio, 29/01/1843–Búfalo, Nueva York, 14/09/1901), vigésimo quinto presidente de los Estados Unidos entre 1897 y 1901.

Ilustración 1. Vista frontal de la exhibición de tabacos cubanos en el interior del Palacio de la Agricultura durante la Exposición Universal de Chicago (1893).

La vista del departamento español en el palacio de Agricultura es muy bonita, como podrán apreciar los suscriptores de *La Ilustración Artística*. Copia la galería de la iglesia de San Gregorio de Valladolid y produce el mejor efecto. Los kioscos, bellos todos y todos elegantes y del mejor gusto, forman conjunto armónico y atraen al visitante. Es una instalación que honra al que la hizo, don Rosendo Fernández[3], cuyo retrato reproducen hoy las columnas de este periódico. Es asturiano, como lo son la mayor parte de los tabaqueros, pero el señor Fernández no pertenece al gremio.

[3] Rosendo Fernández Gamoneda, (Valdés, Asturias, ca. 1854–Madrid, 1914), y fundador de su Establecimiento Cromolitográfico, en activo en La Habana entre 1880 y 1907 y, a partir de este año, fundador de la Compañía Litográfica de La Habana. Entre otros cargos, presidió la Colonia Española de Camagüey y la Sección de Recreo y Adorno del Centro Asturiano de La Habana. Le une a Eva Canel una estrechísima amistad, hasta el punto de ofrecerle gratuitamente sus caricaturas para su revista *La Cotorra* o su volumen *Magosto* (1894) y animarla a adentrarse en el periodismo satírico. Para más información se remite a María del Carmen Barcia Zequeira, «Eva Canel: una mujer de paradojas», *Anuario de estudios americanos*, vol. 58, núm. 1, 2001, pp. 227-252; y a la autobiografía de Eva Canel, *Lo que vi en Cuba* (1916).

Ilustración 2. Rosendo Fernández, integrante de la Cámara de Comercio de La Habana. Comisario especial en representación de Cuba y Puerto Rico durante la Exposición de Chicago.

Casi me cuesta trabajo escribir «Señor Fernández» porque en La Habana sus amigos, que lo son todos, le llaman Rosendo a secas. Y allí Rosendo no puede haber más que uno.

Nació en Luarca, un poético puerto de mar de mi querida provincia, y niño aún vino a las Américas, como vienen otros, a probar fortuna, pero con soñadora imaginación, con exquisita nobleza de sentimientos y con temperamento de artista. Le sedujo la litografía y se hizo litógrafo, pero litógrafo de talla, sin olvidar por esto sus aficiones al *bel canto* que estudiaba con entusiasmo para llegar a ser lo que es: un excelente aficionado. Formó familia: contrajo matrimonio con una distinguida señorita, sobrina del conde de Casa Sedano, y por este motivo se encuentra emparentado con antiguas y nobles familias de la isla.

Rosendo Fernández tiene un puesto en la política insular como tiene un asiento en todos los salones y una frase de cariño para él en todos los labios. Como presidente de la Sección de Recreo y Adorno del gran Centro Asturiano de La Habana, hizo maravillas de buen gusto, y mientras el decorado actual exista no dejará de flotar por aquellos espléndidos salones el espíritu que les dio vida.

Cuando al bondadoso presidente del centro, don Manuel Valle, le consultaban o preguntaban algo, «allá Rosendo», contestaba; porque Rosendo representaba para el señor Valle la confianza y el buen gusto.

Llegó el momento de tomar parte activa en la Exposición de Chicago, y la Cámara de Comercio, oficialmente encargada de este cometido, rogó a Fernández, que pertenecía a su junta directiva, que viniese a organizar los trabajos. Excuso advertir que, sin sueldo ni remuneración, al poco tiempo lo nombró el gobierno delegado de Cuba y Puerto Rico.

Por veinte días vino y estuvo seis meses. Decir cuántos fueron sus afanes y su entusiasmo por colocar muy alto el nombre de las Antillas españolas sería pálido. Solo contemplando su obra y viéndola coronada por el éxito se puede apreciar lo que le debe Cuba. Ni uno solo de cuantos miembros cuenta la delegación española ha dejado de quererlo. Desde el señor Dupuy de Lôme, que lo distinguía extraordinariamente, hasta el último criado de las instalaciones, sentían por Rosendo verdadero cariño. Ayer ha marchado por la vía de Nueva York y parece que entre los españoles falta algo.

No se crea por esto que el delegado de Cuba es hombre bullanguero, ni siquiera alegre. Por el contrario, es serio, casi seco, retraído y formalote. La simpatía que inspira es hija de sus prendas personales, de su honradez, de su nobleza de sentimientos y de su lealtad para todos. La Cámara de Comercio de La Habana debe a Fernández la mayor parte de la honra que le cabe por haber quedado a grande altura en el certamen colombino, pero los expositores de Cuba no saben todo lo que le deben.

Un dato que puede dar a conocer al noble asturiano: el señor Dupuy de Lôme quiso con fuertes empeños que el delegado de Cuba y Puerto Rico perteneciese al jurado, y como los jurados perciben setecientos cincuenta pesos con que les recompensa la empresa de esta *gran feria*, Rosendo Fernández no quiso aceptar, so pretexto de marcha, para que no se creyese que buscaba la remuneración y por no quitar a otro esa cantidad.

Este es el hombre que llevó a cabo la instalación cuyas vistas envío. Y como en lugar de carta de más, todavía peco por carta de menos, creo que merece la pena de ser conocido.

Chicago, 29 de julio de 1893